



Giorgi, Gabriel y Ana Kiffer
Las vueltas del odio. Gestos, escrituras, políticas
Buenos Aires
Eterna Cadencia
2020
134 páginas

PALABRAS CLAVE: POLÍTICA— ARTE— GESTUALIDAD— ESCRITURA
KEYWORDS: KEYWORDS: POLITICS— ART— GESTURE— WRITING

El cuerpo del otrx es el campo de batalla

Gonzalo Arturo Córdoba Saavedra ¹

El odio contemporáneo es la representación, en el plano discursivo, de la intolerancia. A su vez, es un reflejo del odio político y una consecuencia de las políticas del odio. Este título recientemente editado intenta hacer una reflexión urgente sobre este fenómeno social, pero la urgencia no supone en este caso una menor profundidad de análisis. El libro está dividido en dos secciones, cada una de ellas firmada por uno de los autores. Si bien en ellas se analizan diferentes aspectos del odio, el común denominador de ambos textos es la propuesta de no pensar en él como un afecto “noble, una pasión propia del entusiasmo civil y democrático como pueden serlo la bronca o la furia” (Giorgi y Kiffer 2020: 11). Gabriel Giorgi es crítico cultural y profesor invitado en las universidades de San Andrés y Federal de Río de Janeiro. Ana Kiffer, por su parte, es profesora del posgrado en Literatura, Cultura y Contemporaneidad en la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro.

En la primera sección del libro, “Arqueología del odio. Escrituras políticas y guerras de subjetividad”, Gabriel Giorgi propone visitar tres intervenciones

¹ Licenciado en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo. Actualmente trabaja como corrector en la editorial de la misma universidad. Correo de contacto: gcordobasaavedra@gmail.com

artísticas puestas en escena en estos últimos años en Argentina y Brasil: *Diarios del odio* de Roberto Jacoby y Syd Krochmalny, *Odiolândia* de Giselle Beiguelman y *Menos um* de Verónica Stigger. No nos detendremos en las particularidades de cada una de estas intervenciones, sólo referiremos que todas ellas toman fragmentos de textos ajenos, comentarios en redes sociales y foros de Internet que dan cuenta de una primera característica del odio contemporáneo: es principalmente escrito. Nace de la ruptura de los consensos democráticos de la posdictadura en ambos países y busca tensar el hilo de lo decible, en el marco de una escritura anónima y efímera. Lo que está en disputa es el discurso público, aquello que es *decible*, puesto que en este sentido todo autor se autopercebe como autoridad. La ruptura de los consensos discursivos de la democracia implica el quiebre del pacto democrático en sentido político y el surgimiento de una serie de *incorrecciones* (reivindicación de la dictadura y el genocidio, del machismo y el racismo, etc.). De esta manera, Giorgi plantea que las instalaciones estudiadas “mapean, como sismógrafos atentos, este litigio por la enunciación que es una guerra en y por la lengua” (27) y se sitúan en la heteroglosia en torno al odio, una especie de “cámara de eco del odio como aglutinador de lenguajes y formas expresivas” (34).

Un aspecto interesante es lo que el autor, al referirse al mecanismo de composición de las intervenciones, llama “procedimiento de archivo” (36), entendido como la recopilación, edición y archivo de la violencia discursiva. El anonimato del discurso escrito en las plataformas virtuales impide establecer una correspondencia entre el enunciado y el enunciador, pero esta ilusión se rompe con el archivo, que da forma a un nuevo cuerpo autoral, una masa pública, social. Algo importante de este método de trabajo es que deja en evidencia que el odio es la norma, no la excepción. En la intersección del lenguaje articulado y el ruido de la voz se pone en juego un aspecto central del odio contemporáneo, los autores reclaman su derecho a ser oídos (o leídos) y a legitimar como válidos sus enunciados. En ese *ruido* se leen las nuevas subjetividades políticas (conservadoras o restauradoras) y se da un corrimiento del pacto de lo decible. Esta disputa toma la forma de una lucha por el discurso, es una “guerra de subjetividad” (49) en el seno de la sociedad neoliberal, de la mano de un rescate memorioso de una temporalidad latente, de un discurso que pareciera olvidado pero ahí está, luchando por reformular los pactos sociales.

Es evidente que el odio está dirigido hacia aquello considerado diferente, ajeno, otro, y que al mismo tiempo enuncia y segrega. Uno de los blancos predilectos del odio contemporáneo es el discurso de los derechos humanos, lo que marca un punto de quiebre en nuestra idea de democracia. El gesto, entendido como el límite entre el lenguaje escrito y el cuerpo, queda en evidencia por la incorporación de emojis, emoticones, gifs y stickers, herramientas de estandarización de la

afectividad. El recorrido planteado por Giorgi es interesante por retomar ciertas experiencias artísticas que podríamos llamar factuales o referenciales, obras que se erigen como una caja negra de la memoria social contemporánea. Es una memoria inmediata porque el discurso de las redes sociales y los foros de Internet es, además de anónimo en la mayoría de los casos, efímero.

En la segunda sección del libro, titulada “El odio y el desafío de la Relación. Escrituras del cuerpo y afecciones políticas”, Ana Kiffer comienza reflexionando acerca de las aflicciones generadas tras la elección de Jair Bolsonaro como presidente de Brasil en 2018. La autora se detiene en el surgimiento de nuevos discursos reivindicatorios de minorías, que reflejan el agotamiento de los mitos y conceptos políticos brasileños (87): el mestizaje, la igualdad entre hombres y mujeres, entre blancos y negros, etc. La insurgencia del feminismo y el pueblo negro comenzó a disputar esos espacios de sentido donde se tejen los pactos discursivos, visibilizando la violencia sufrida durante siglos y buscando su lugar en un mundo reconfigurado. Con una intencionalidad teatral, gesticulante si se quiere, plantea Kiffer tres escenas que serán los principales apartados de su ensayo: la de la compulsión, la de los límites y de los cuerpos, y la de la relación. Interesa a la autora una gestualidad repetitiva que asume un carácter aglutinador y definidor.

Para la primera escena, la de la compulsión, toma como punto de inflexión el gesto de colocar el brazo en alto con el puño cerrado, símbolo de la fuerza revolucionaria. Este gesto fue transformado durante la campaña presidencial de Bolsonaro en uno que recuerda al saludo nazi y otro que convierte el puño en alto en arma; ambos captan el deseo de violencia, de querer eliminar al otro. En la segunda escena, la de los límites y de los cuerpos, la autora se pregunta cómo hacer del odio un afecto liberador, en lugar de buscar a través de él la aniquilación de lo diferente. Además, plantea el concepto de *escrituras precarias*, que incide sobre tres ejes: la lengua, los soportes y la afectividad de esas escrituras. La tercera escena de este ensayo, la de la relación, gira en torno a la idea del odio como repetición de los sistemas de exclusión, que quiebran la lógica del discurso y marcan un nuevo poder-decir. Este proceso permite apartarnos del mito de una raíz unificada y evitar la idea de que “la conquista de las especificidades en su máxima libertad se confirma a través de una negación radical del otro” (114).

Un punto de unión en las propuestas de ambos autores se da en el hecho de que advierten sobre el equívoco de pensar un sujeto democrático como un sujeto sin odio. Giorgi propone un odio movilizado para “trazar nuevos espacios compartibles, para producir otras imágenes de lo colectivo” (66), mientras que para Kiffer es importante alejarse “de una mirada que cree que el amor y sus constelaciones (...) responderán a la fuerza del odio” (100). En otro orden de cosas, hubiese sido interesante que el ensayo de Kiffer también cuente con imágenes para graficar la

gestualidad: el puño en alto, el dedo apuntando al cielo, etc. De esta manera el libro, como soporte textual, tendría una mayor unidad de estilo; sin embargo, esto no desmerece la importancia de los textos y la profundidad de los análisis.

Para finalizar quisiera comentar muy brevemente dos aspectos que me parece que podrían enriquecer las interpretaciones relacionadas con este trabajo. Por un lado, cuando Gabriel Giorgi habla de *guerras de subjetividad*, aquellas que se dan en el seno de la sociedad, hubiese sido interesante pensar este concepto como una guerra civil en el plano discursivo, similar a aquello que Giorgio Agamben plantea en *Stasis* acerca de la guerra civil. Y, por otro lado, además del discurso de los derechos humanos, otro de los blancos predilectos del odio político es el lenguaje inclusivo o no binario, variante lingüística que intenta reflejar y visibilizar la desigualdad, el sexismo y la discriminación. Los argumentos en contra suelen ser conservadores en los planos político y lingüístico, y reflejan, además de misoginia y odio por el/la/lo diferente, una *nostalgia* por un tiempo de pureza de la lengua (inexistente, por cierto). Al respecto es interesante el libro *La lengua en disputa*, un debate en torno al lenguaje inclusivo por Beatriz Sarlo y Santiago Kalinowski (2019).